

y exageradamente multi orgásmica, a eso súmele la doble penetración, es otra forma de ver como los extremos se tocan. Los senos son solo el complemento de mi parte oculta, de mi parte subterránea, esa parte de la personalidad de uno que uno no le muestra a todo el mundo, me entiende...

– Le entiendo, o creo, tal vez no del todo, pero sí sé por dónde va la cosa, tal vez usted Constancia es lo que el Sancho y yo necesitamos para parar, romper con esta realidad impuesta por la sociedad y la falsa historia y empezar a sacar ese ser oculto que usted también quiere ver con claridad.

– Sí... toca estarnos pillando, me toca abrirme ahora. Antes que usted se despertara hable por teléfono con el científico al que le vendí mi cuerpo para que experimentara. Precisamente hoy vence el período de prueba, por eso el afán de vivir una aventura ayer, voy a que me quiten esta mierda y volver a verme normal, el man me dio las re lucas por dejar-

me hacer esto ahí la tengo reservada para hacer algo que cambie toda esta mierda.

El Sancho no alcanzó a despertarse para despedirse de Constancia. Ahí venía despelucado, caminando por el pasillo, afuera sonaba la puerta que cerraba Constancia. Mientras llegaba Sancho, yo pensaba.... **“la Constancia vence lo que la dicha no alcanza”**.

Julio César Ramírez. Escritor bogotano egresado del programa de Lengua Castellana de la Universidad Distrital, trabaja como docente en un jardín de la Secretaría Distrital de Integración Social. Sus cuentos y poemas han sido publicados en diversas revistas, periódicos y compilaciones de editoriales comunitarias bajo los seudónimos de Lujurio Tantra y Julia Ceria en Bogotá y Cundinamarca. Ganó el premio de poesía de la Fundación Andrés Barbosa Vivas en el marco del concurso “Memoria de nuestros pueblos. Homenaje a Oscar Leonardo Salas”.

Todas las hambres

Alberto Garrido

Diario de pandemia

Día 1

Hoy desaparecieron las hormigas. También hizo más fresco y ahora, en la noche, hace frío. He tenido que pasar todas mis clases a una plataforma virtual. Estoy exhausto.

Helena me escribió furtivamente desde su WhatsApp, no quiere que la sorprenda su marido. No recuerdo si fue “Te extraño”, “Cuídate”, o qué. Lo borré en un impulso de rabia

que ahora lamento. Hoy me han llegado cientos de mensajes, sobre todo de alumnos.

El vecino del piso superior parece estar enfermo. Vino una ambulancia y estuvo un rato. Le hicieron la prueba. No sé qué tiempo estuvieron. Realmente me di cuenta porque salí a la galería y vi la ambulancia, sus luces girando, azules, rojas, violentas. Oí decir que no era positivo. Ahora lo oigo toser. Abrí una botella de vodka y brindé por mí mismo, por estar sano.

Día 2

Nunca he escrito un diario. Ni siquiera tengo una página para descargar toda la basura que me da vueltas en la cabeza. Mis amigos escritores siempre me han dicho que tenga mi blog. Un blog es porno cerebral, les digo. Luego, eso de que escribimos para nosotros es una pose literaria, otra mentira en la que escondemos nuestra inconmensurable megalomanía.

La familia en Cuba está bien. Hoy me contestaron todos. Me sentí feliz, aunque había leído que murieron más de mil en Italia. Mis hermanos casi nunca tienen tiempo, ni dinero, ni data ni conexión, pero hoy escribieron todos. Nada de qué preocuparse. Cuidarnos. Lavarse las manos. Aislarnos. Reinventar las posiciones del *Kamasutra* con barbijo, bromearon. Me dijeron que debo tener mucho cuidado, porque la plaga ataca a los diabéticos y a los que padecen del corazón. Quieren que no me preocupe, ellos están bien.

Helena me envió una foto furtiva, semidesnuda. Le escribí *Wow*, y seguí mirando unos videos: un negro al que casi mata la policía en los Estados Unidos. Helena envió otra foto. Sabe lo que hace. Pretende hacerme pensar que está completamente desnuda, aunque solo me envía fragmentos para que yo arme el puzle de su cuerpo. No se le ve la cicatriz que sé que tiene, la operación de un embarazo fallido. Sabe ocultarla. En su lugar me ofrece las curvas, los senos erizados, un dedo travieso en los labios, las bocas oscuras de sus pozos. Envía y borra casi instantáneamente. Le mandé una serie de fotos procaces que parecieron provocarle un orgasmo. Eso dijo: un tsunami, un diluvio. No pidió, como suele hacerlo, la foto de mi semen. Dejé de verla en línea y dejé de masturbarme.

He visto videos de gente haciendo unas filas enormes en La Habana, en Matanzas, en Santiago, como sardinas, como ovejas camino al matadero, detrás de un pedazo de carne de pollo.

Nada está bien. En China murieron más de 30 000 de un tirón. Cada país cuenta sus muertos de una manera distinta. Mi oficio es descreer e interrogar.

El vecino tose. Tose más por la madrugada. La hija salió cuando yo estaba en la galería, tomando sol como un gato. Dijo que su padre se sentía mucho mejor. Vino hace cuatro días de Nueva York y ya se ve bien. Parece que es una congestión, nada malo. Pero tose y no me deja dormir. No me deja dormir.

Día 3

Ayer no escribí. Me puse a limpiar la casa. Cuando esto termine me buscaré una mujer. Esta casa es un desastre. El cloro me ha dejado con una sensación de ahogo. Imaginé cómo se sentirá un enfermo de la pandemia. Esa comezón, el ardor quemando como lejía el esófago, los bronquios; el estertor del ahogado.

Saqué del librero los libros más voluminosos. Vi que *La peste* se había caído en la parte de atrás. Lo dejé ahí. Los libros que saqué están regados por toda la casa, como medicinas para alguien que padece de Alzheimer. No los he abierto. He visto videos, videos y más videos. Es el apocalipsis. Mis alumnos hacen bromas por el chat, memes.

Día 4

Sigo sin ver las hormigas. Moscas sí, cucarachas. Rocié un poco de aerosol en la cocina y en el cuarto y estuve casi todo el día desparramado en la galería. El vecino tose más fuerte cada noche y casi no pude dormir. Según su hija es una gripe común. Al menos ella no repite ese sonido de bisagra herrumbrosa.

Durante la plaga de la peste, Boccaccio escribió *El Decamerón*, un libro lleno de sexo y vida y esperanza. Durante ninguna pandemia, Camus escribió *La peste*, un libro que da grima entre todos sus libros. Boccaccio estuvo a

punto de quemar su libro cuando conoció a un monje sienés que lo dejó impactado con su fe; pero Petrarca lo disuadió. Camus nunca tuvo a un monje sienés cerca, aunque le hubiera hecho falta. Sin embargo, en mi librero está *La peste* y no *El Decamerón*.

Helena me escribió. Su marido pudo leer algo de nuestro chat o vio una imagen, no sé. Ella dice que no me escribirá y que tal vez sea mejor, cuando todo pase, que no volvamos a vernos. Me envió dos fotos de su cuerpo desnudo; parece que el tipo vio alguna de esas fotos. La primera se la tiré yo. Me gustaba el contraste de su panty rosa con la piel tal vez demasiado blanca. En la segunda tiene la boca torcida por el orgasmo.

Después de guardar las fotos la bloqueé. Antes me había bloqueado alguien en Facebook por un chiste que copié de otra gente. El chiste no era bueno. Ningún chiste es bueno en medio de esta plaga, aunque me hizo reír uno de cómo sería el mundo de esta pandemia en una película de Takashi Miike (El líder de una mafia jakuza toma un hospital e inyecta el virus a todos sus integrantes. Tomas de enfermeras sádicas con sus pacientes. Todos tienen traumas severos de la niñez. El tipo tímido va a vengar a todos. Una prostituta morirá de la forma más violenta, pero la toma se verá falsa. Hollywood le hará una adaptación mediocre).

Eso me hizo reír. Debo de estar enfermo. Esta pandemia saca otras infecciones menos reconocibles. Uno de mis hermanos me escribió un mensaje de texto: hay protestas dispersas en Cuba; hay hambre y el hambre es peor que una pandemia. Lo borró inmediatamente. El miedo es peor que el hambre.

El vecino bajó un momento y vi su perfil receloso, su cuerpo doblado por el peso de la tos. Parece un zombi.

Debe tomar sopa, una sopa de pollo bien caliente.

Estoy bien, dijo.

Y hacer vaporizaciones. Con eucalipto.

Sonrió. O hizo el intento. Parecía la risa de un Joker sin maldad y sin fuerzas.

Si quiere, le preparo la sopa. No cocino bien. Pero sé freír huevos y hacer sopa. La mejor sopa del mundo la hacía mi madre.

Quiso reír y solo tosió.

Mi hija me atiende bien, pudo decir.

En la antigüedad, a los tuberculosos y a los leprosos los aislaban. Ahora aíslan a los sanos también. No sé si este tiempo nos hará mejores o peores, pero sin duda ya somos distintos.

La hija salió cuando él entraba. Me quiso sonreír, pero su boca solo dibujó una cicatriz, una mueca de infelicidad o de miedo. Le pregunté si quería que la ayudara en algo. No creo que puedas, dijo.

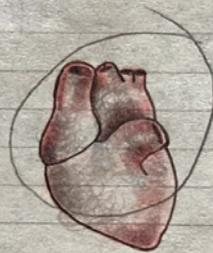
Vi unos cuantos videos mientras me bebía otra botella de vodka. El primero, una mujer llorando y llamando al mundo al arrepentimiento y a volverse a Dios. Otro, de unos jóvenes que se queman al absorber un aerosol y prender un fósforo. Otro, de los canales de Venecia con aguas transparentes y delfines (*fake news*, dicen). Otro, la pandemia es una conspiración para el Nuevo Orden Mundial; Bill Gates, el anticristo. Otro, están quitándoles a los más viejos los respiradores.

Detrás se reprodujo automáticamente uno sobre la eutanasia y sus virtudes. Durante toda la noche el vecino se la pasó tosiendo. Lo oí reír varias veces también, como si hubiera visto a la muerte. La noche y el viento me traían por rachas su intento de tararear boleros, una bachata, la misma bachata toda la noche, sin poder terminar de cantarla por los accesos de



~~...~~, TREINTA Y UN AÑOS DESPUES IXTAB SE LO
LLEVÓ; AHORA SALE EN LOS BILLETES DE CINCO MIL PESOS.

aha



Uneste asotida Doctor Maurice

tos cada vez más seguidos. Por la mañana, cuando salí a botar la basura (las pandemias acumulan toda la basura humana en las casas) lo vi, despatarrado en el descanso de la escalera, con una cerveza que se le debía haber calentado.

Si sigue así se va a morir.

Siempre que hay una muerte resucito, explicó.

Comprendí. Pero él creyó que no entendía, sorprendido por su artificio poético (Debo anotar: la cercanía a la muerte nos vuelve a todos poetas o sofistas). Me dio las cifras de los que habían muerto en el país, en Europa, en los Estados Unidos. Era la muerte de los otros lo que lo mantenía vivo. Vio que el carro de su hija venía acercándose. Se levantó a duras penas y se perdió escaleras arriba, tosiendo.

He estudiado las plagas. Leí Mateo 24 y un pasaje de Isaías que dice: “escóndete por un momento, en tanto que pasa la indignación”. Leí sobre la peste negra, que diezmó al 60 % de Europa a causa de una bacteria con nombre horrible de mujer contemporánea, *Yersinia pestis*. Leí sobre la gripe española. Pensé que después de eso tendría un pensamiento iluminador, intuiciones fulgurantes, una epifanía. Pero nada ocurrió. Los primeros días, cada muerte me entristecía o asombraba; ahora la soledad y el vacío suelen ser más letales.

Me leí los diarios de Sontag y de Anais Nin. Es mejor leer la vida de los escritores en sus obras que en sus diarios. Me acordé del diario de Léon Bloy. La literatura no salva. Pero ahora no importan la literatura ni la universidad. La prioridad de este año es sobrevivir. Habría que añadir otra: evitar el mayor sufrimiento posible.

Alguien escribió o reenvió por WhatsApp que a las ocho saldríamos a aplaudir. Nadie salió, nadie aplaudió. No hay muertos todavía en el vecindario. Hace años murieron 220 000 hai-

tianos. Tampoco nadie aplaudió. Hay más de medio millón de muertos en el mundo, pero solo aplauden los que sienten el paso breve de la muerte muy cerca, los que ven su silueta recortada contra la noche.

Día 5

La tos del vecino se extendió sobre mi cuarto toda la madrugada. Estuve escuchándolo, cavilando cómo podría ayudarlo. Por la mañana vi a su hija salir. Le oí musitar que saldría a coger aire de la playa un rato y luego iría al super y a la farmacia. Creo que me miró como si quisiera que yo la acompañara o contarme algo. Pero no dijo más. Es muy bonita, una buena hija.

Hay miles de infectados en el país. Una mujer infectó a decenas en su vecindario. En Corea, dicen, uno solo infectó a más de mil. Hablan de una vacuna como si hablaran del Mesías. Un médico dijo que no quería aplausos. Que a un deportista le pagan millones mientras ellos son los héroes de la guerra. Que estaba exhausto, que ellos también estaban muriendo.

Los siguientes acontecimientos no sé si fueron realmente en ese orden ni por qué ocurrieron.

La calle estaba desierta y se escuchaban sonidos desde las casas: música, prédicas, risas de niñas (durante las pandemias solo los niños ríen). Oí que el vecino tosía muy fuerte y subí a su casa. Le iba a gritar que cómo estaba, pero vi la reja abierta y la puerta de la sala entornada. Así que entré. Todo estaba ordenado y limpio. La tos del vecino salía de su habitación.

Me acerqué un poco. Parecía un monstruo que intenta robarse el aire del mundo. Casi no podía respirar. Tenía los ojos muy abiertos, pero no me miraba.

Cogí una almohada y se la puse sobre la cara. Percibí el tambaleo de sus manos. Luego cay-

ron sobre mí, como un abrazo, como si agradeciera. Sentí que me faltaba el aire mientras lo ahogaba.

Bajé y me puse a leer *La peste*, de Camus.

Día 6

Según un trabajo del doctor Xiao, mientras la enfermedad avanza, las tomografías muestran “opacidades de vidrio esmerilado”, una suerte de velo brumoso en partes del pulmón que son evidentes en muchos tipos de infecciones respiratorias virales. Dichas áreas opacas pueden dispersarse y engrosarse en algunos lugares conforme empeora la enfermedad y crea lo que algunos radiólogos llaman un patrón de “pavimento loco” (*The New York Times*, en Ciencia y Tecnología).

Ayer ocurrieron más cosas, por supuesto. Después que bajé, me bañé, me puse ropa limpia y bebí algo.

Supe que la muchacha había llegado por su grito. Subí rápidamente. Lloró y la abracé y sentí que estaba caliente y sudada, como si hubiera acabado de revolcarse con alguien. Los vecinos no se atrevieron a acercarse, pero llamaron al 911. La ambulancia certificó que había muerto de una complicación bronquial. Suman millones los muertos por la pandemia.

Es el fin del mundo, dijo una vecina. No saben que los he salvado.

Día 7

Desde ayer no he dejado de toser. Me parece que me han pasado por un molino, por un cebrero. Por momentos, el aire se va a otra galaxia enemiga de mis pulmones. En el corazón se me abre un cráter. No llamaré a nadie. Ya no se oye música en las casas. Mis estudiantes

se quejaron de que no pude reunirme hoy con ellos por videoconferencia.

Helena me escribió desde otro número. Dice que es solo para mí y que me extraña, que cuando pase esto le gustaría vivir una vida conmigo. Borré el mensaje. Sonaba al mismo tiempo dulzón y apocalíptico.

Mis hermanos también me escribieron: están bien. Como en los tiempos de las catacumbas.

El barrio está en silencio. Solo yo lo rompo con esta tos insaciable.

Los muertos han dejado de tener nombres y han pasado a ser números. En Italia, han salido de los hospitales los primeros sanados de la pandemia.

Aquí, han vuelto las hormigas.

Alberto Garrido (Alberto Alejandro Garrido Rodríguez). Nació en Santiago de Cuba, en 1966. Licenciado en Literatura y máster en Escritura Creativa por la Universidad de Salamanca. Reside en República Dominicana desde 2009. Entre sus premios internacionales se destacan el Premio Casa de las Américas en cuento en 1999 y el Premio Casa de Teatro, del que ha sido ganador en tres ocasiones, en diferentes géneros (novela, poesía y cuento). Tiene 19 libros publicados, entre los que se destacan *El muro de las lamentaciones* (2000), *La leve gracia de los desnudos* (premio de la Crítica Literaria 2001 y premio de novela erótica *La llama doble*), *El círculo de los infieles* (premio Casa de Teatro, 2005), así como los poemarios *Morir sin los ángeles* (premio José María Heredia, 1995), *La hora de despertarnos juntos* (premio de poesía Casa de Teatro, 2015), y *Carnes de mi carne* (2021), entre otros.